

EL CELIBATO CONDICIONES, DIFICULTADES, MISIÓN DEL ABAD

1. Introducción: Sentido del celibato

En más de una ocasión –supongo que ustedes han tenido la misma experiencia pastoral– he quedado sorprendido ante las respuestas de ciertos jóvenes –chicos y chicas– que se han llegado a mí pidiéndome consejo respecto a una posible vocación monástica o religiosa. La sencillez y el carácter espontáneo de su expresión nos hacían presentir que aquélla procedía sinceramente de lo más profundo de su alma, “Cristo Jesús es aquel a quien yo amo, el que fascina y llena mi vida. Por Él y sólo por Él, quiero hacerme religioso (o religiosa)”.

Durante largos años, primero como prior y después como abad de una gran comunidad, he tenido el consuelo de asistir a monjes enfermos en el momento preciso del paso de este mundo al Padre. Frecuentemente estos hermanos nuestros me han impresionado profundamente. Si los jóvenes a que acabo de referirme se nos presentan con el encanto de la flor que se abre al contacto de los primeros rayos de un sol de primavera, en los monjes que se preparan a la última llamada –jóvenes o ancianos– he podido saborear la dulce madurez de un fruto a punto de ser ya tomado. Su serenidad llena de esperanza, su deseo de ir al encuentro del Señor son claro y elocuente testimonio de una fidelidad recíproca desarrollada en el curso de los años –y en ciertos casos, yo lo sabía bien, ¡en medio de qué circunstancias y dificultades!– o que exigía todo de una vez en el momento de la poda, en plena juventud o en una vida apenas iniciada y con toda clase de esperanzas.

En los dos casos –la primera respuesta a una llamada y el gesto último de fidelidad total– cuando la persona de Jesús es el motivo real de una elección y se convierte en el centro de su vida, se comprende fácilmente el sentido del celibato religioso. Es el caso del monje que con esta visión propia del carisma monástico ha hallado a Cristo Jesús, a Aquel a quien ha amado y ha sido capaz de colmar su capacidad afectiva y sus relaciones interpersonales.

Ni la teología, ni la psicología pueden contradecir esto. Jesús, Dios-Hombre, puede ser objeto adecuado de nuestras relaciones. En Él hay una humanidad –“es hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne”– capaz de comunicarse a nosotros *realmente* (no digo *físicamente*, aunque no podamos negar la realidad físico-sacramental de la eucaristía) y de penetrar en nuestra vida para suscitar nuestro dinamismo físico-afectivo hasta el punto de agotar nuestra capacidad de relaciones. En nosotros la fe viva eleva nuestro psiquismo, amplía las capacidades y le hace capaz de “totalizar” el amor en Él.

La razón del celibato monástico no se basa en un cierto dualismo eventualmente inspirado en una interpretación material del texto de San Mateo 19, 12 (“eunucos por el reino de Dios”). Si el celibato monástico presenta como aspecto negativo o restrictivo la renuncia al matrimonio, esto no es propiamente hablando otra cosa que la consecuencia de su fin eminentemente positivo, es decir, *la elección de Cristo como objeto* exclusivo de su vida. He tenido ocasión de hablar con un grupo de estudiantes –jóvenes y chicas– que, si bien en calidad de laicos, se habían ligado con el voto de virginidad. Y me llamó la atención lo que me decían: “Nuestro voto de virginidad no significa una renuncia al mundo en nombre de Cristo; es únicamente *la elección de Cristo*. Él es el centro de unidad, de armonía, de cohesión que da a nuestra vida sentido y consistencia”.

¿No es éste el mismo pensamiento de san Benito cuando habla y establece como norma de vida el “nihil amoris Christi praeponere” (c. 4), “nihil Christo carius existimans” (c. 5), “Christo omnino nihil praeponere” (c. 7)? Deberíamos reflexionar atentamente sobre el valor conceptual y afectivo de estos textos antes de permitirnos afirmar que san Benito no habla explícitamente del celibato.

2. La práctica del celibato no es fácil

Basta una cierta experiencia pastoral para convencerse de que la observancia del celibato comporta dificultades nada desdeñables y que en ciertos casos puede provocar situaciones conflictivas hasta el punto de poner en peligro la misma vocación monástica. Lo confirman las estadísticas de la petición de dispensas en estas últimas décadas.

La experiencia y las estadísticas ponen, además, en evidencia que las situaciones críticas no se limitan al período más delicado de la adolescencia. La experiencia de diversas comunidades, así como las estadísticas de Congregaciones romanas “de doctrina fidei” y “la de religiosos”, así como las informaciones archivadas en dos oficinas médicas especializadas, me han permitido comprobar que a todas las edades las inclinaciones de la naturaleza pueden originar dificultades y hasta una puesta en cuestión de lo bien fundado de una consagración a Dios. Parece, sin embargo, cierto que tales crisis son de ordinario más frecuentes en ciertos períodos:

1) Alrededor de los treinta. Es la edad de las primeras desilusiones: el “fervor novitius” y la generosidad se van debilitando a medida que aparecen las primeras frustraciones afectivas que poco a poco pueden llegar a ser insoportables. Para algunos, cuando la evolución sexual ha sufrido un retardo, el hecho puede llegar a ser dramático, si coincide con el despertar desbordante de la sexualidad y de la afectividad.

2) Entre los 40 y 50 años. Es la edad de las grandes desilusiones, tanto si se considera desde el punto de vista del pasado como desde el porvenir. No existen ya otras etapas a franquear, el presente resulta monótono, sin interés. Esta situación se agrava frecuentemente por la reacción psicósomática propia de esta edad.

3) En ciertas personas se produce un despertar de los problemas sexuales y afectivos incluso después de los 60 años y coincide con la aparición de un sentimiento de soledad, de inutilidad, de marginación.

¿Cuál debe ser la solicitud pastoral de un abad o de un padre espiritual frente a las diversas situaciones?

Antes de dar una respuesta definitiva, quisiera hacer dos observaciones preliminares:

— mi análisis no ha sido elaborado y redactado solamente en mi propio domicilio. Es también fruto de experiencias pastorales, cotejadas y enriquecidas en contacto con diversos abades y en países diferentes.

— me limitaré a plantear sólo ciertos aspectos de la cuestión propuesta, que sean suficientes para provocar un diálogo fraterno, dejando a los expertos el cuidado de darnos las respuestas adecuadas y definitivas.

3. Condiciones que facilitan la práctica del celibato

Partiendo de la noción de celibato monástico indicada más arriba, quisiera precisar aún más que la práctica del celibato no supone ninguna disminución de la personalidad humana y no exige ninguna represión contra la naturaleza de las tendencias de la afectividad o de las relaciones interpersonales propias de todo ser humano. En las condiciones normales de *verdadera vocación* y de *naturaleza equilibrada*, la práctica del celibato monástico debería suscitar un desarrollo armonioso de las capacidades afectivas. En este sentido hay que entender lo que escribía Marc Oraison: “El matrimonio es la vía más normal de un cierto despertar. El celibato es el camino menos habitual de otro despertar”. (*Le célibat*, p. 187). El celibato, como el matrimonio, requiere para su debido logro y éxito la

realización de un amor maduro y total que no supone necesariamente la presencia de relaciones sexuales. Sin embargo, cuando la plenitud de la entrega afectiva debe ir acompañada de la continencia perpetua, ésta exige una particular orientación del instinto sexual. Por esta razón, no todos los temperamentos son aptos para llevar una vida monástica. En todo caso tendrán necesidad de una educación y un ambiente apropiados.

He señalado dos condiciones exigidas para la práctica del celibato: verdadera vocación y una naturaleza equilibrada. De ellas depende el desarrollo psíquico-afectivo normal y sereno del monje en la práctica del celibato. A ellas deberá tender toda acción pastoral encaminada a ayudar a los monjes en sus eventuales dificultades.

a) Una verdadera vocación

Comencemos por aludir a esta condición que es esencial al celibato monástico: *la verdadera vocación*. Ella es la clave del celibato como lo es de toda vida monástica. Sólo un don de Dios, que suscite una visión de fe intensa, capaz de descubrir a Jesús con su atracción personal, puede impulsar al cristiano a emprender este camino sin posibilidad de retorno y que no tiene otra finalidad que el “*nihil amoris Christi praeponere*”. Cualquier explicación que se diera del celibato monástico que no esté fundamentada en la fe, sería una ilusión, una ficción, un puro artificio literario. Sin el don particular de la fe no puede existir una verdadera vocación monástica y un celibato practicado en tales condiciones sería algo impuesto desde fuera y basado en motivaciones pobres, fácilmente declinables y movibles como la arena. Faltaría el aliento vital que brota espontáneamente del espíritu y que puede determinar la elección libre, decidida, total que debe ser la del “*nihil amoris Christi praeponere*”.

El primer deber pastoral desde este punto de vista consiste en una rigurosa selección de vocaciones. El peligro de admitir sin discriminación suficiente a todo joven que se presenta al monasterio provisto de grandes cualidades humanas o el deseo de retenerle a toda costa cuando se plantean las primeras dificultades, lleva consigo el temor –y en ciertos casos la certeza– de convertirle en un hombre atormentado y desgraciado, infiel a sus compromisos monásticos.

En el curso de estos últimos años hemos podido constatar que numerosas crisis que han provocado el abandono del celibato, han tenido justamente un proceso contrario: la falta de austeridad y de desprendimiento, el orgullo y deseo de promoción personal e incluso un afán incontrolado de apertura al mundo o, también, un desprecio teórico de la práctica de la obediencia, han dejado la puerta abierta a una infidelidad progresiva a la caridad fraterna y a la observancia de la vida regular. Todo esto ha engendrado la falta de gusto o el desprecio de la vida de fe y de oración y las relaciones íntimas y personales con Cristo se debilitan hasta desaparecer casi por completo. Si tal evolución progresiva no ha sido reprimida en el momento oportuno, las fatales consecuencias resultan inevitables.

b) Una naturaleza equilibrada

Me ocupo ahora del celibato monástico. Por lo tanto, aludiendo a las ventajas de un carácter equilibrado, podría referirme también al matrimonio y a todo estado de vida que implique la totalización del amor.

No me detengo en las deficiencias patológicas, ni en las deformaciones de la sexualidad. Sus efectos pueden discernirse fácilmente durante el período de noviciado. Ellos manifiestan casi siempre la presencia de un sujeto que no es apto para la vida monástica.

Me limitaré a estudiar ciertos aspectos de la evolución psicosomática que transforma al joven en adolescente para conducirlo hasta la perfección de la edad adulta. Nos hallamos aquí ante el hecho más complejo y más delicado de toda vida humana. Se pone en juego todo el dinamismo del cuerpo y del espíritu, al mismo tiempo que numerosas causas y circunstancias, internas y externas, pueden alterar

su equilibrio; un equilibrio que en cuanto consecuencia de diversos elementos en evolución, es de suyo inestable.

El desarrollo normal de las tendencias sexuales y afectivas requiere siempre un trabajo de educación de gran importancia para conducir al adolescente a la plena madurez, ayudándole a franquear con todo equilibrio las diversas etapas en su debido tiempo sin traumas, afirmándose su personalidad positivamente a través de las relaciones interpersonales.

El trabajo de formación y la responsabilidad pastoral se hacen tanto más necesarias cuanto que la evolución no sigue un ritmo equilibrado. Son frecuentes, en efecto, las tendencias en que correspondiendo a una fase anterior, no se han desarrollado normalmente y no habiendo sido orientadas, provocan como consecuencia crisis o reacciones de deficiencia o inmadurez, impidiendo la evolución normal del individuo hacia la madurez de su dinamismo psíquico-afectivo y sexual. Por consiguiente, aquél se resiente en su capacidad de amor pleno, es decir, de “totalizar” el amor en las relaciones personales, aptas para satisfacer las aspiraciones –las del cuerpo y las del espíritu– de otra persona que se convertirá a su vez en la fuente humana de su propia plenitud. He aquí por qué la ausencia de esta madurez puede hacer difícil la vida. tanto en el celibato como en el matrimonio.

4. Sintomatología de los problemas

a) Sexualidad

Antes de trazar las grandes líneas de este trabajo pastoral, es preciso indicar los principales síntomas de enfermedad que el abad, en cuanto “sapiens medicus” debe curar.

He aludido ya a las crisis que hay que atribuir a una falta de vocación o al debilitamiento de la vida de fe, consecuencia de una negligencia progresiva de los deberes monásticos.

Se trata en general de sujetos en los que falta la madurez, víctimas de una evolución defectuosa y de una formación inadecuada. En ciertos casos, algunas personas suelen presentar profundas deformaciones del psiquismo, en el dominio de la sexualidad o de la afectividad. Tales crisis, por lo general, permanecen ocultas hasta el momento en que bajo el impulso del instinto sexual, se manifiesta la fragilidad del sujeto. Este tal, por falta de equilibrio psicológico y de equilibrio moral, se deja fácilmente arrastrar por su sexualidad buscando la satisfacción corporal. Cuando este hecho se repite con frecuencia, puede tener como consecuencia un grave conflicto psíquico-moral. Un tal monje, puede ser, en efecto, víctima de un sentimiento de culpabilidad mórbida que le impulsará a acusarse con minuciosidad en todos los detalles, mientras que por falta de humildad y de sinceridad, le falla el valor. Al examinarse, no llega a ver claro, porque su conciencia, batiéndose entre el querer y el no querer, no es libre para llegar al estado normal y poder reconstruir el proceso de sus irresoluciones. De este modo permanece en la perplejidad y la ansiedad, envuelto entre circunstancias agravantes y atenuantes. En otros casos, por el contrario, después de repetidos esfuerzos por ser sincero, llega a la conclusión de que el acto físico no tiene incidencias morales o que en todo caso no tienen excesiva importancia. Pero no obstante esta conclusión, que puede abrir la puerta a toda forma de comportamiento, su conciencia no queda satisfecha y permanece siempre en estado de ansiedad. En uno y en otro caso se verá cómo fácil y fatalmente se crea un sentimiento de culpabilidad que a veces lleva sobre su conciencia y otras, por el contrario, es combatido en su estado de ansiedad. Este estado de angustia puede dar lugar a obsesiones sexuales perturbadoras y por reacción, a una deformación progresiva de la conciencia moral. Por consiguiente:

- pueden sobrevenir situaciones de escrúpulo, que viene a ser una lucha infantil contra ciertos males que se imagina o amplía una conciencia que no ha alcanzado su madurez.
- o, por el contrario, pueden originarse situaciones ambiguas en las que el erotismo se manifiesta con procedimientos muy diversos, frecuentemente complicados y absurdos con el fin de procurarse cierto placer, pero sin abandonarse a él totalmente por miedo a faltar

gravemente. Se permanece así en una situación de conciencia dudosa que no se compagina con la sinceridad y humildad que se impondrían y se permanece en este estado, apoyándose en falsas razones hasta entrar en un estado de angustia muy próximo a la neurastenia.

— todavía peor: se puede llegar a deformaciones culpables de la conciencia de las que no se llega ya a reaccionar, hasta el punto de continuar durante años y años llevando una vida que en realidad es una contradicción contra las exigencias del celibato monástico.

Es evidente que todo lo que hemos dicho hasta aquí de la autosatisfacción sexual puede darse en casos en los que hay complicidad.

Tales deformaciones de la conciencia pueden permanecer latentes o secretas durante mucho tiempo, hasta que un hecho, creador de un trauma, violentamente las pone en evidencia. Y tales descubrimientos pueden entrañar un desequilibrio psicológico y moral.

b) *Afectividad*

Otro asunto que merece atención particular es la *afectividad*. Sus desviaciones no engendran tan fácilmente como en las de la sexualidad el sentido de culpabilidad; también pueden minar casi insensiblemente los fundamentos del celibato monástico. El amor total a Cristo no es exclusivo de todo afecto humano, sincero y profundo; por el contrario, es la fuente del amor más puro y el más capaz de renuncia. Pero hay que ver claramente si los afectos humanos del monje toman su inspiración del amor de Cristo y son su expresión o, por el contrario, si más bien tienden a sustituirle y hasta ocupar su lugar, como sucede frecuentemente cuando la afectividad no ha evolucionado desde la etapa de la adolescencia.

Generalmente el adolescente idealiza el amor. Puede idealizar el amor por Cristo de una manera romántica, es decir, sin fundamentarla en la fe y sin traducirla en obras de fidelidad, de acuerdo con la vida que ha abrazado. Si tal idealización no evoluciona de una manera satisfactoria, puede conducir a la desilusión. Y entonces esta afectividad romántica puede descubrir otro objeto más inmediato y más fácil de idealizar: el amigo y la mujer. Dos figuras que el adolescente *mitifica* exageradamente. Antes de los treinta años la inclinación se orienta hacia el amigo. Alrededor de los 30 el amor adolescente puede ser atraído por una chica joven, que frecuentemente tiene problemas y a quien ve idealizada en sus características personales y en los atractivos del amor femenino considerados como algo maravilloso. En todo caso –bien se trate de tendencia homófila o heterófila– el amor adolescente se caracteriza por un deseo de exclusivismo (¿Piensa él (ella) en mí? ¿Tiene él (ella) necesidad de mí?) y con sentimiento de celos hacia toda persona que en su imaginación podría ser un competidor. La afectividad puede inflamarse de tal forma que suscite declaraciones abiertas y manifestación de amor recíproco. Se puede permanecer, incluso durante años, en estado de simple amor afectivo, buscando multiplicar los encuentros y las relaciones personales, queriendo disociar el atractivo del corazón, de la emoción sexual para desligar del placer del encuentro la incidencia moral.

Parece ser que en nuestros días en ciertos países esta actitud de búsqueda de satisfacción afectiva, llevada a los últimos extremos, pero sin dejarse arrastrar por las exigencias de la sexualidad, está permitida e incluso puesta en práctica; en ciertos religiosos y religiosas ésta será una “tercera vía” entre el matrimonio y el celibato del cuerpo y del corazón. La experiencia ha demostrado, como cabría esperarse, que una tal situación no podría prolongarse indefinidamente y que como consecuencia, “la tercera vía” no es otra cosa que un puente entre el vínculo de vida religiosa y el del matrimonio.

c) *Soledad*

Existe otra situación en la que la afectividad del monje necesita ser ayudada: *el sentimiento de soledad*. La soledad es la principal tentación del monje, como atestiguan Casiano y los Padres del monacato. Esta prueba puede sobrevenir a toda edad y de modo especial en momentos de crisis

afectiva. Pero es más frecuente después de los cincuenta años, cuando el monje se siente ya superado por los más jóvenes en tantas cosas y se da cuenta que ya no es tan útil y provechoso a la comunidad como en otro tiempo; que no es ya tan apreciado por los demás, que en cierto modo se le ha marginado, mientras que a su alrededor se abren tumbas a personas queridas. Citemos al cardenal Cardijn. Él habla de la vejez, mas podríamos aplicarlo a todos los momentos en que la *acedia* sobreviene al monje: “La característica esencial de la vejez es la soledad. El viejo está solo; vive, piensa y trabaja solo. Y cuanto más joven de espíritu, de corazón, de carácter permanece, más solo se encuentra. Puede hallar medios de evasión en la lectura, escribiendo y hoy en día sobre todo con la radio y la televisión. Creo que habría que evitarlas. La soledad debe ser para él una presencia más íntima, más profunda, más personal con Dios, con Cristo, con la Iglesia, con los amigos más queridos” (Notas inéditas –10.8.1963– publicadas en “Cardijn”, Ed. Vie Ouvrière, Bruxelles 1969, pp. 222-223). Yo añadiría: “y su propia familia monástica”. Y entre estos medios de evasión que quieren ser una compensación afectiva a la soledad, yo indicaría ciertas amistades fuera del monasterio, ciertos “hobbies” y también ciertas satisfacciones corporales que, penetrando el vacío del corazón, le impiden dejarse llenar por Cristo.

5. Misión pastoral del abad

a) *Conocer a sus monjes*

He subrayado ya la necesidad de hacer una juiciosa selección entre los candidatos a la vida monástica y de mantener en el monasterio un alto nivel de vida espiritual a fin de facilitar a los monjes una vida de sincera consagración al Señor. Y es también deber del abad el asegurar a sus monjes una educación positiva de la sexualidad con el fin de eliminar toda obsesión o desviación en esta materia. También se precisa de modo particular *que el abad tenga un conocimiento particular de cada uno*.

Todo postulante que entra al monasterio lleva consigo el peso de un temperamento, mas o menos inclinado a la sexualidad, y la impronta de su historia personal. Ha franqueado ya alguna etapa, en ciertos casos decisiva, de su evolución. ¿Cómo ha transcurrido ésta en el dominio de la sexualidad y de la afectividad? ¿Cómo será posible ayudarle a conseguir la madurez necesaria al celibato, partiendo de su situación personal? Ni el carisma de la fe, ni la sinceridad con que se entrega a la búsqueda de Dios, pueden anular lo que él ha vivido, ni hacer desaparecer sus consecuencias, buenas o malas, que las victorias o derrotas íntimas han dejado impresas en su psicología.

El ambiente cultural y moral de la familia en el que el joven ha crecido, tiene siempre una importancia particular. Un obispo africano, comparando las costumbres en vigor en su nación con las de la vecina, me llegaba a decir: “Entre ellos, cuando un joven entra en un seminario o una joven quiere hacerse religiosa, se puede pensar que siempre han sido celibatarios. Entre nosotros, por el contrario, a causa de nuestro modo de ser, cabe pensar que desde su infancia tuvieron ya numerosas relaciones sexuales”. La influencia del medio no es siempre tan neta. Pero con frecuencia, incluso cuando no parece tan evidente, puede haber dejado huellas profundas que, pronto o tarde, acarrearán dificultades particulares.

Existe, además, *el tipo de formación moral* recibida antes de su entrada en el monasterio. Con frecuencia, una tal formación orientada desde el punto de vista de la castidad exigida a los jóvenes laicos, está casi exclusivamente dirigida a reprimir las tendencias sexuales, de forma tal vez exagerada en un ambiente secular. Pero nada o casi nada se hace desde el punto de vista afectivo, de tanta importancia para el celibato monástico.

El abad debe tener cuenta de los elementos y circunstancias diversas que pueden comprometer el equilibrio psicológico-afectivo de un monje determinado, cuando éste se encuentra en una situación en la que tendrá necesidad de ser ayudado y animado para no dejarse llevar del momento de satisfacción egoísta y permanecer totalmente abierto y disponible al amor de Cristo.

b) *Educarlos*

Con delicadeza y claridad, el abad debe mostrar al monje en crisis o en dificultad las causas y las consecuencias de su situación particular, de tal forma que esta crisis de conciencia no provoque en él una impresión de reproche y sea causa innecesaria de una reacción de pánico o preocupación excesiva. Abad y monje deben aceptar los hechos *con realismo, con toda serenidad y confianza*. El celibato monástico como el amor total a Cristo, al que va ordenado, no podrá alcanzar la perfección sino al final de un largo caminar. El voto de castidad no significa que aquél que lo ha emitido sea ya casto. Las inclinaciones contrarias al celibato no significan que esté fuera de lugar estando en el monasterio, ni que el religioso sea infiel a su vocación. La inclinación no coincide ni con la vocación, ni con la fidelidad, pero debe estar integrada en la conciencia de su propia personalidad, como un medio de ser fiel a la búsqueda total de Cristo. La práctica del celibato es en concreto una dialéctica continua entre el tomar y el dejar, entre la posesión egoísta y la cruz. Por eso la humildad, que consiste en aceptarse tal cual uno es y la mortificación, son condiciones necesarias para una auténtica dirección de sí mismo en el amor de Cristo. Podríamos aducir, dentro de esta perspectiva algunos textos de la Regla: “Por eso se nos dan de tregua los días de esta vida, para la enmienda de nuestros males. .. roguemos al Señor que se digne otorgarnos el auxilio de su gracia para lo que no es posible a nuestra naturaleza... pero por el progreso de la vida monástica y en la fe, dilatado el corazón, córrase con inenarrable dulzura de caridad por el camino de los mandamientos de Dios” (Prólogo). Y “solamente subidos todos los grados de humildad, llegará el monje en seguida a aquella caridad de Dios que, siendo perfecta, excluye todo temor” (c. 7). El celibato, como el matrimonio, no es cosa fácil, ni estática; hay que reconstruirle cada día, en la situación y medida en que se vive. La confianza mutua entre el abad y el monje, una sincera apertura del corazón, la conciencia y aceptación de su situación personal, el ánimo recuperado en la oración, serán la garantía preciosa de esta fidelidad continuamente renovada.

c) *Crear un ambiente favorable*

Otra regla general que hay que tener en cuenta es que la práctica del celibato monástico requiere *un medio adecuado*. El ejercicio del instinto sexual es continuamente solicitado por diversos mecanismos que excitan el deseo y acaban por imponerle. Se tratan de sollicitaciones que vienen del exterior, de un mundo dominado cada vez más por el erotismo y que penetran en el interior a través de la imaginación. Defenderse del clima más o menos sexual y para-erótico que nos rodea, no es solamente cosa de sentido común o de moral represiva; es una exigencia espontánea en toda personalidad fuerte y madura. Pero cuando la madurez no existe o al menos no llega a su plena firmeza, es necesario ayudarla, protegerla contra el clima de sensualidad que puede penetrar incluso en el monasterio bajo el pretexto de “aggiornamento”, de legítima información, bajo la excusa de permanecer al corriente del mundo y ser como los otros. Ningún motivo puede invocarse para que el monasterio se abra a lo que podría despertar las tendencias del erotismo, en particular en los más débiles y crear de este modo un obstáculo a la práctica y el espíritu del celibato.

Por el contrario, tendrá tiempo de repensar en la oportunidad de esos *medios ascéticos* que la sabiduría y la santidad de los antiguos monjes adoptaron para suscitar el espíritu de penitencia y la pureza del corazón. Bien seleccionados, serán todavía hoy útiles, porque la naturaleza del hombre no ha cambiado sustancialmente con el progreso de la civilización.

d) *Favorecer el desarrollo de la persona*

Sobre la base de estos principios generales, cada caso se tratará con prudencia, es decir, sin olvidar *que la cuerda del arco no puede estar siempre tirante*. El clima del monasterio debe ser austero, pero una austeridad excesiva puede provocar la sensualidad. Un monje con problemas tiene necesidad de una diversión que no encontrará si no es en el ambiente normal del monasterio. Frente a ciertos problemas de índole psicológica o afectiva, puede ser útil facilitar un cambio de ambiente de aires una

expansión, un trabajo, alguna satisfacción de orden artístico o cultural una apertura a ciertas relaciones humanas. Estos medios escogidos con discreción y propuestos con generosidad al monje por su abad, han surtido efecto muchas veces volviendo a la normalidad situaciones difíciles. La expresión artística, la belleza de la naturaleza, la apertura a las relaciones humanas normales, un trabajo interesante, pueden ayudar a equilibrar las sensaciones, a eliminar las obsesiones, a liberar el corazón.

No existe otra ocasión en la que las normas que san Benito establece para el abad que gobierna almas sean más apropiadas que las que se refieren a la educación del celibato: “Combinando tiempos y circunstancias y el rigor con la dulzura, muestre la severidad del maestro y el piadoso afecto del padre (c. 2)”.